

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 60. Miscelánea

Intervenciones humanitarias y opinión pública: de la exigencia al desencanto
Rafael Ajangiz Sánchez

Intervenciones humanitarias y opinión pública: de la exigencia al desencanto

Rafael Ajangiz Sánchez*

RESUMEN

Desde el fin de la guerra fría, las misiones de intervención en terceros países han centrado las políticas exteriores y de defensa de los países miembros de la OTAN, dando lugar a profundas reformas de las estructuras militares y un nuevo discurso de legitimación. La opinión pública ha jugado un papel determinante en el impulso de las intervenciones humanitarias y de establecimiento de la paz y, en consecuencia, ha avalado la nueva línea de acción. Sin embargo, la escasa determinación y eficacia de los gobiernos en esas misiones y su voluntad de implementar en su lugar aquéllas que están gobernadas por los intereses de Estado, han enfriado y transformado en desencanto lo que podía haber sido un camino para la democratización real de la política exterior. Todo apunta a un definitivo cierre de este ciclo y a una recuperación del tradicional divorcio entre gobiernos y sociedades en esta materia.

Palabras clave: Fuerzas armadas, ayuda humanitaria, derechos humanos, operaciones de paz, opinión pública

La cumbre de la OTAN celebrada en Londres el 5 y 6 de julio de 1990, pocos meses después del derribo del muro de Berlín, puede considerarse el arranque de la dinámica de intervenciones militares internacionales que rigen hoy las políticas de defen-

*Profesor titular interino de Ciencia Política y de la Administración.
Facultad de Ciencia Sociales y de la Comunicación. Universidad del País Vasco
cppajsar@lg.ehu.es

sa de sus estados miembros. En la cumbre se habló de “organizar una nueva estrategia militar” que sustituyera a la doctrina de la *defensa adelantada* y la *respuesta flexible* formulada en 1967, cuyo elemento más visible, además del recurso a armas nucleares tácticas si fuera necesario, era la concentración de tropas en la frontera entre ambos bloques. Y también se habló de organizar unas fuerzas operativas más reducidas, a ser posible de carácter multinacional, reduciendo con ello el nivel de activación de las fuerzas de masas, a modo de reserva movilizable. La finalidad de este cambio en profundidad de las estructuras de defensa era evidente: mejorar la posición relativa de la organización y de sus miembros en el nuevo contexto geoestratégico. La posguerra fría abría oportunidades irrenunciables.

Un debate central en la cumbre de 1990 fue si el nuevo ámbito de intervención debía circunscribirse a los flancos de la OTAN en Europa, sobre todo el Este y el Mediterráneo, lo que se conoce como “fuera de la región”, o si se podía o debía mirar más allá, lo que se conoce como “fuera de área”. Es entonces cuando el liderazgo norteamericano hizo gala de su vehemencia. En septiembre de ese año el presidente Bush inició los preparativos de la guerra del Golfo e inauguró, en sus propias palabras, el *nuevo orden internacional*. Formuló además un tercer concepto a modo de salida al dilema entre el *in/out of area* y el *in/out of region*: el *in/out of our business*; dicho con otras palabras, oficializó la defensa del llamado *interés nacional*, sin embozo alguno, como el criterio rector de la política internacional.

LA GUERRA DEL GOLFO

Esta guerra fue el pistoletazo de salida de la nueva estrategia militar y contribuyó enormemente a su formulación. Las nuevas pautas fueron: a) la OTAN intervenía “fuera de área” porque el conflicto afectaba a los intereses vitales de sus miembros; b) no obstante, legitimaba formalmente esa intervención en función del mantenimiento de la paz y del orden internacional mediante la aprobación de una resolución de las Naciones Unidas¹; c) ello supuso acordar los términos de la intervención con Rusia y China, miembros con derecho a veto en el Consejo de Seguridad; d) compuso una fuerza multinacional con un mando único que se estrenaba en una guerra real; e) desarrolló un implacable ataque aéreo con objeto de destruir literalmente las fuerzas del enemigo, sus infraestructuras y fuentes de energía antes de proceder a la invasión terrestre; y f) utilizó una sofisticada tecnología –aviones invisibles, misiles inteligentes, guerra informativa, etc.–, que algunos han llegado a calificar como una nueva revolución –de terciopelo– en el campo de la estrategia militar (Arquilla, 1997).

Los días 7 y 8 de noviembre de 1991, se celebró en Roma una nueva cumbre que elaboró el sentido y la utilidad de la OTAN a partir de su nueva experiencia en el Golfo. Dos fueron las conclusiones principales: el fin de la Guerra Fría en absoluto cuestionaba la vigencia de la Alianza; muy al contrario, abría nuevas perspectivas y buenas oportunidades para reinterpretar la estrategia de seguridad hacia un enfoque más globalizador y de mayor alcance. En palabras de su secretario general, por aquel entonces el alemán Manfred (Woerner, 1991: 62 y 66), habiendo quedado la OTAN como “la única organización de seguridad colectiva que funciona en el mundo”, “no debemos conformarnos con haber ganado la Guerra Fría, tenemos que ganar el futuro”.

Consecuencia lógica de este nuevo enfoque fue la reelaboración del concepto de amenaza: el ataque masivo a la integridad territorial fue reemplazado por la inseguridad que acarrea la incertidumbre, por los *riesgos imprevisibles* que pueden llegar a convertirse en amenazas reales a la seguridad de los miembros de la Alianza. En un principio, la definición de riesgos imprevisibles era relativamente limitada: “riesgos complejos y de muy diversa procedencia que derivan de las dificultades económicas, sociales y políticas, disputas territoriales y rivalidades étnicas inclusive, que vive la Europa Central y del Este, así como la proliferación de armas de destrucción masiva y de misiles balísticos en las fronteras de Europa”, pero con el tiempo se fue ampliando gradualmente hasta incluir prácticamente todo: riesgos contra la seguridad y estabilidad que se derivan del abastecimiento de recursos vitales, de las corrientes migratorias o el movimiento incontrolado de grupos muy numerosos de población, así como del desarrollo de los fundamentalismos religiosos, el terrorismo, del sabotaje y crimen organizado, etc.²

En resumidas cuentas, la defensa colectiva del territorio como razón original de la OTAN fue reemplazada por la defensa de la estabilidad y los intereses vitales de sus miembros, allá donde se vieran amenazados. Esto es lo que la cumbre denominó “Nuevo Concepto Estratégico de la Alianza”. Este concepto no mencionaba para nada el mantenimiento de la paz ni el apoyo a operaciones de paz; este tipo de intervenciones no estaba previsto (Carr y Ifantis, 1996; Dorman y Treacher, 1995; Gómez-Oraá, 1997; Movimiento de Objeción de Conciencia de Madrid, 1997).

LA GUERRA DE LOS BALCANES

Debemos recordar que la reacción inicial de la OTAN en relación a este conflicto fue la de no intervenir militarmente. Por un lado, porque era tangencial a los intereses geoestratégicos de la OTAN; por otro, porque entraban en conflicto los intereses nacionales de algunos de sus países miembros; pero, fundamentalmente, porque este tipo de

intervención no estaba previsto en el nuevo concepto estratégico de la Alianza. Su pasividad fue denunciada sobre el terreno por una sociedad civil que comenzó a organizar misiones humanitarias³, y, en todos y cada uno de los países, por una opinión pública que pedía insistentemente a sus gobiernos que hicieran algo para parar la espantosa destrucción y exterminio que se colaba en sus hogares a través de la televisión. Tal fue la presión que, al final, los gobiernos se vieron obligados a intervenir militarmente en contra de su deseo (Aguirre, 1995; Meulen, 1997).

En un primer momento, empezaron enviando observadores y algunas tropas, bajo mando de la ONU, para escoltar los convoyes de ayuda humanitaria. Poco después, las dificultades de acceso de esa ayuda decidieron la desmilitarización del aeropuerto de Sarajevo (Agirre, 1997). Esto sucedía en 1992. Un año más tarde, cuando las imágenes de los campos de concentración saturaban los informativos, la ONU aprobó un mandato de exclusión aérea para evitar los ataques serbios sobre los enclaves de Sarajevo, Tuzla, Zepa, Gorazde, Bihac y Srebrenica. En 1994, autorizó el despliegue de tropas en esos enclaves para proteger a la población civil, con trágicos resultados. Y por fin, en 1995, cuando la correlación de fuerzas sobre el terreno y la limpieza étnica habían prácticamente consolidado la división territorial que ha perdurado hasta hoy, la ONU perpetró un ataque aéreo contra las baterías serbias que cercaban Sarajevo, que culminó con la firma del acuerdo de Dayton en diciembre de ese mismo año.

En su conjunto, la intervención humanitaria en Bosnia podría calificarse de deplorablemente lenta; al menos, mucho más lenta de lo que hubieran deseado las opiniones públicas europeas. Esta lentitud es aplicable también a la intervención en Kosovo. Aunque bastante más contundente en su fase final, su evolución ha sido muy parecida: la agresión a los kosovares y su opción de respuesta no violenta fue olímpicamente ignorada por las autoridades internacionales; intervinieron políticamente, que no militarmente, cuando se desencadenó el enfrentamiento armado; adoptaron una postura más activa al televisarse las matanzas y la impotencia de los observadores de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE); y finalmente, optaron por un ataque aéreo y un despliegue de intercesión con numerosos daños colaterales (Clark, 2000).

El contraste es evidente. Frente a una intervención en el Golfo que se resolvió en cuestión de meses, han hecho falta varios años para decidir una intervención bastante menos resolutiva en los Balcanes. Esta tardanza y sobriedad es la mejor evidencia de que la intervención militar por razones humanitarias y de mantenimiento de la paz –en sus tres modalidades de *peace making*, *peace keeping* y *peace building*– no tiene centralidad en el nuevo concepto estratégico y depende, en última instancia, de la presión que ejerzan la opinión pública y los medios de comunicación.

LA OTAN SE IMPONE SOBRE LA ONU

La intervención militar por razones humanitarias y de paz nunca ha sido un santo de la devoción de los gobiernos nacionales en general. Naciones Unidas lleva 50 años de mediación e interposición militar y hasta los años noventa nunca había conseguido reunir a más de 1.000 soldados⁴. En los años sesenta y setenta fue definido el concepto de *soldados de la paz* (Moskos, 1976) y se impulsó un debate serio sobre la necesidad de componer una verdadera fuerza multinacional de pacificación que jugara el papel de “bomberos” allá donde se desatara una crisis (Harries-Jenkins y Moskos, 1984). Esta asignación de los ejércitos era congruente con las aspiraciones de las sociedades industriales avanzadas, partidarias de la distensión y el desarme⁵. Pero la política de bloques y el interés nacional prevaleció sobre el sentido común y la razón democrática. Todavía hoy, los estados más fuertes muestran muy poco interés en que las Naciones Unidas jueguen el papel que ellos mismos le han asignado⁶. Más aún, muchos países ni siquiera ceden el mando de las tropas que prestan a la ONU. Esta organización mundial juega un papel muy endeble en el nuevo orden internacional.

Sin duda, ha sido la OTAN y no la ONU quien ha salido reforzada, política y militarmente, como consecuencia de las operaciones humanitarias y de mantenimiento de la paz. Son varios los datos que lo confirman:

1. La cohesión interna en el ámbito europeo. En los últimos años se han incorporado, como miembros o como observadores, Grecia, Islandia, Noruega, Turquía, Austria, Finlandia, Suecia, Dinamarca e Irlanda. Además, en 1996, Francia y España se integraron en su estructura militar. Y la intervención conjunta en Kosovo ha servido para que los gobiernos europeos actúen conjuntamente y casi sin fisuras, algo que para el ministro alemán de Defensa, Rudolf Scharping, era impensable tan sólo cinco años antes⁷.

2. La OSCE ha reconocido formalmente a la OTAN como la organización militar que interviene en sus crisis y disputas internas, habilitándole al mismo tiempo para desarrollar actividades de mantenimiento de la paz. La OSCE contaba ya con 51 países miembros cuando, el 4 de junio de 1992, se constituyó como ente regional bajo el capítulo VIII de la Carta de las Naciones Unidas, convirtiéndose así en el organismo pertinente para gestionar las crisis en Europa.

3. UNPROFOR II, la misión encargada de hacer cumplir la zona de exclusión aérea y de proteger las “zonas seguras” antes mencionadas, estuvo vertebrada por fuerzas de la OTAN. Aquello fue el primer paso para que, en diciembre de 1996, se creara la Fuerza OTAN de Estabilización para Bosnia-Herzegovina (SFOR)⁸. Después le ha seguido la KFOR en Kosovo. Aun respondiendo a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, la OTAN evita así los posibles conflictos de decisión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, como el que creó Rusia al tomar partido por los ser-

bios cuando se decretó el ultimátum sobre Sarajevo. Por fin, en la cumbre de Washington de abril de 1999, la OTAN declara que se reserva la posibilidad de actuar sin permiso expreso del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas cuando la situación lo requiera, es decir, cuando se dé alguno de los supuestos establecidos en su concepto estratégico aprobado en 1991 y actualizado en esta cumbre. Esos supuestos son cuatro: operaciones de mantenimiento de la paz, operaciones de ayuda humanitaria, defensa de los intereses en el exterior de uno o varios de los países miembros del Tratado, y gestión de crisis. Este último, calculadamente ambiguo, se ha esgrimido en la invasión de Panamá, en la guerra del Golfo y, más recientemente, en la ocupación de Afganistán.

4. El aluvión de solicitudes de ingreso que recibía la OTAN le ha obligado a idear fórmulas alternativas de vinculación como la Asociación para la Paz, creada en 1994, para integrar a los países del extinto Pacto de Varsovia y controlar, de paso, sus estructuras de defensa. Un elemento clave de esta Asociación es el compromiso de participar junto a la OTAN en los operativos de ayuda humanitaria y mantenimiento de la paz.

5. La Unión Europea Occidental (UEO), que fue reconocida formalmente en el Tratado de Maastricht de la Unión Europea como su espacio de seguridad, declaró su *complementariedad y subordinación* a la OTAN en el Libro Blanco de 1996. La llamada “identidad europea de defensa”, que siempre ha tenido serias dificultades de definición ante el irresistible liderazgo de EEUU, ha perdido aún más espacio desde los sucesos del 11-S.

EL PAPEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA EN EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Hemos afirmado que los medios de comunicación y la opinión pública determinaron en gran medida la intervención llevada a cabo en los conflictos de Bosnia y Kosovo. Otros ejemplos serían las intervenciones –claramente más endebles e inconsistentes– *Devolver la Esperanza* (Somalia, 1993), *Operación Turquesa* (Rwanda, 1994) y *Proporcionar Consuelo* (Irak, 1992), esta última para proteger a los kurdos tras la guerra del Golfo (Dandeker, 1996; Darnovsky, 1995; Jakobsen, 1996)⁹. Dandeker (1994) ha llegado a afirmar que el impacto de estos y otros actores no gubernamentales en la adopción y ejecución de las políticas internacionales es una de las características que definen los *nuevos tiempos*. De ser así, podríamos hablar de una relativa pero progresiva democratización de la política internacional posguerra fría. Sin embargo, existen algunas nubes que oscurecen ese horizonte.

Cierto es que, en un principio, la opinión pública distingue perfectamente entre las intervenciones por interés nacional o estratégico y las intervenciones por razones humanitarias y de mantenimiento de la paz. Como vemos en la tabla 1, las segundas han recibido, en general, bastante más apoyo que las primeras. Sin ir más lejos, la opinión pública expresó una postura muy diferente –una diferencia de 20 puntos en menos de dos meses– cuando le propusieron el “envío de cascos azules españoles como ayuda humanitaria” a Bosnia en vez del envío de la Legión. De modo similar, la intervención para proteger a los kurdos en Irak obtuvo un apoyo mayoritario porque no estaba catalogada como una misión de combate y porque, a diferencia de la intervención en el Golfo, descartaba el envío de conscriptos (Díez Nicolás, 1994).

Tabla 1. Posición de la opinión pública española ante una intervención militar multinacional¹⁰

	Golfo 1/1991	Golfo 3/1991	Golfo 2/1998	Kurdos 5/1991	Bosnia 9/1992	Bosnia 11/1992	Bosnia 2/1998	Zaire 12/1996	Kosovo 5/1999	Irak 9/2002
Acuerdo	26%	60%	27%	67%	32%	52%	46%	85%	39%	17%
Desacuerdo	56%	24%	52%	21%	47%	28%	36%	-	44%	66%

El rechazo de la sociedad española a una intervención de interés nacional como la del Golfo contrasta fuertemente con el apoyo que le dispensan los *líderes* del país (Campo, 1992). Esta discrepancia se da también en otros países. En una encuesta de 1996, mientras el 63% de los alemanes se manifestaban en contra de una intervención a secas, sin adjetivo, ésta era apoyada sin reservas por la clase política: 84% entre los líderes del CDU, 86% los del CSU, 81% el FPD y 50% el SPD; tan sólo Verdes/Alianza 90 se acercaban a la opinión pública: 33% de apoyo¹¹.

Pese a ello, este panorama presenta algunos matices que resultan tanto o más interesantes. Un primer dato es la subida del 26% al 60% en el apoyo social a la intervención en el Golfo después de finalizada esa misión. La lectura de Díez Nicolás (1999) es que ganar la guerra ayuda a ver las cosas de otra manera; reconcilia a los ciudadanos, de alguna manera, con sus gobernantes. Sin embargo, el hecho de que las encuestas, con el tiempo, hayan recuperado los valores anteriores a aquella intervención, permite interpretar aquella subida como una satisfacción coyuntural por haber salido bien librados de aquella aventura. Un segundo dato es la disminución del apoyo a las intervenciones humanitarias y de paz a medida que pasa el tiempo. Esta disminución, evidente en el caso de Bosnia entre 1992 y 1998, podría continuarse con el dato de Kosovo; todo ello en un contexto de intensa campaña de comunicación por parte de las autoridades españolas, glosando los dividendos de la intervención. Parece como si cuajara cierta desilusión al respecto. Analizaremos estas cuestiones un poco más adelante, cuando las tratemos en el relato que comenzamos ahora sobre la intervención humanitaria y el reencuentro entre fuerzas armadas y sociedad.

EL ENCANTAMIENTO

La intervención humanitaria y de paz en Bosnia produjo una especie de encantamiento entre la opinión pública europea y sus fuerzas armadas. La sociedad descubría que las fuerzas armadas podían hacer una labor interesante. Y las fuerzas armadas y los gobiernos, que podían mejorar su legitimación social. Los ejércitos empezaron a acudir a esas misiones con especialistas en el control de la información –la DRISDE (del Ministerio de Defensa) en el caso español–, cuya labor consistía en seleccionar la imagen y el mensaje que convenía a la operación. En este sentido, no es ninguna casualidad que la foto más socorrida en todos los países sea la de *soldado auxiliando a niño*. Un ejemplo es la portada de la *Revista Española de Defensa* cuando relata la primera misión humanitaria del Ejército español, la “operación Alfa-Kilo” de auxilio a la población kurda en Irak en mayo de 1991; luego vendría el olvido y la venta de armas a Turquía. En Bosnia se llegaron a montar operaciones con gran despliegue de medios de comunicación para evacuar a unos pocos niños y componer el reportaje (Agirre, 1997).

Pero funcionaba. En palabras de Julián García Vargas (1994), ministro español de Defensa, el balance del envío de tropas a Bosnia estaba siendo positivo para España, a pesar del fracaso de la misión en sí, gracias en buena medida a la favorable disposición de los medios de comunicación. Y Javier Rupérez, destacado representante de la oposición en cuestiones de Defensa, calificaba la intervención en Bosnia como “un intento plausible y loable porque hoy las proyecciones demoscópicas ofrecen una consideración de las fuerzas armadas sustancialmente mejor que las que había en otros momentos históricos”¹². Efectivamente, en mayo de 1993, a pesar de sus evidentes limitaciones y pobre eficacia real, un 80% de los españoles y españolas pensaba que la actuación de las tropas españolas en la ex Yugoslavia estaba siendo buena. La lectura que hacía Huesca González (1994: 153-154) de este dato era la siguiente:

“El hecho de las intervenciones humanitarias legitima ante la sociedad la existencia del Ejército. (...) La manera más evidente de conseguir incrementar las relaciones entre fuerzas armadas y sociedad que dice la Directiva de Defensa Nacional es poniendo el énfasis en aquellas cosas que nuestros soldados hacen bien y que la gente apoya. La verdad es que la intervención española en las fuerzas multinacionales ha significado un refuerzo positivo importante en la consideración de los militares por el conjunto de la sociedad, además de rellenar el vacío que necesitaban nuestras fuerzas armadas de acometer objetivos propiamente militares”.

Esta valoración era común en toda Europa, y era reconocida, meses después de la firma del Acuerdo de Dayton, hasta por los grupos pacifistas que combatían precisamente ese reencuentro entre fuerzas armadas y sociedad¹³.

Tales circunstancias podrían haber animado a los responsables políticos y militares a preocuparse más por la imagen de credibilidad de las fuerzas armadas que por la efectividad en el cumplimiento de la misión. Esta preocupación no resulta descabellada si tenemos en

cuenta el escaso valor que esos responsables otorgan a las intervenciones humanitarias, sobre todo si las comparamos con las intervenciones de interés nacional. Además, sirve para entender algunos de los problemas que se observan en este tipo de intervenciones.

EL PROBLEMA DE LOS ABUSOS Y EXCESOS

Efectivamente, hacer de la credibilidad de las fuerzas armadas el objetivo primero de una intervención eleva los habituales problemas de abusos y excesos internos y externos a una dimensión incontrolable. Citemos un ejemplo ilustrativo. En 1992, el teniente general James C. Gervais, entonces comandante de las operaciones de paz y ayuda humanitaria en el mundo del Ejército canadiense, declaraba que “los soldados entrenados para el combate son los más adecuados para operaciones de paz, ya que la disciplina, la confianza en sí mismos y su frialdad en situaciones de estrés son esenciales en un entorno incierto y potencialmente explosivo” (citado en Estrella, 1993: punto 49). En diciembre de ese mismo año, esos soldados torturaban hasta la muerte a jóvenes somalíes en la operación *Devolver la Esperanza*. Este incidente no trascendió públicamente hasta 1996¹⁴. Pero entonces vinieron todas seguidas. En 1997, fue procesado uno de los jefes de batallón en Haití por “conducta inaceptable” en aquella operación¹⁵. Y en 1998, se destaparon toda una serie de violaciones y abusos sexuales cometidos contra las mujeres militares del propio Ejército canadiense¹⁶. Esta cadena de escándalos ha dañado sensiblemente la imagen de las fuerzas armadas canadienses ante su sociedad. Como también lo han hecho los supuestos accidentes o suicidios, la prostitución, el consumo de drogas, la corrupción, o la violencia gratuita que han conocido todas las fuerzas intervinientes en esas misiones. Ello obliga a los responsables militares a ejercer un control férreo de las informaciones relativas a sus fuerzas y misiones.

EL PROBLEMA DE LAS BAJAS

Otro problema al que se enfrentan los ejércitos es que la misma opinión pública que exige que se haga algo para detener el horror que ve en la televisión, se disgusta, presuntamente, cuando hay bajas propias. Ello explicaría que reducir al máximo el número de bajas propias se haya convertido en un objetivo central de las nuevas intervenciones (Dandeker, 1994). Al menos, así lo explican los responsables de la Defensa:

“Un fenómeno no suficientemente estudiado es la influencia de la opinión pública en la elaboración de las actuales doctrinas estratégicas y especialmente en el complejo proceso de toma de decisiones a la hora de emprender una acción militar. La tendencia que parece confirmarse es que el número de bajas propias ha pasado a ser uno de los ejes fundamentales sobre los que discurren los conflictos. Hoy es difícilmente asumible, incluso para una superpotencia, una intervención militar que prevea un gran número de víctimas”.¹⁷

Sin embargo, esta razón, así expresada, podría no corresponderse con la realidad. Badsey (1994) sostiene que es más una sensación de las autoridades políticas y militares, que tienden a confundir opinión pública con opinión publicada, que una realidad comprobada. Esta cuestión ha sido revisada recientemente en relación con la opinión pública norteamericana y los resultados parecen concluyentes: a) los ciudadanos son conscientes del riesgo, lo asumen y toleran un número razonable de bajas propias *cuando comparten los objetivos de la misión*, lo que quiere decir que sea básicamente humanitaria, y rechazan duramente esas bajas cuando se derivan de una acción que no comparten; b) son los líderes políticos quienes viven mayores contradicciones al respecto, bien debido a una cierta miopía sobre lo que piensan sus opiniones públicas, o bien porque existen tensiones o divisiones entre ellos sobre la operatividad y los criterios de la misión (Burk, 1999). Estas conclusiones se repiten en otros trabajos (Blechman y Wittes, 1999; Dandeker, 1996; Dixon, 2000).

Así pues, una razón básica para este síndrome de Vietnam que afecta a los líderes políticos y militares es la disintonía existente entre las intervenciones humanitarias y de paz que legitima la sociedad y las intervenciones por interés nacional o estratégico que quieren ellos. La sociedad tiende a considerar que son demasiado caras las bajas propias que se producen en las intervenciones por interés nacional o estratégico, y también las que se producen en las intervenciones humanitarias y de paz de dudosa eficacia y resolución. Otro tanto podría decirse de las bajas ajenas. La invisibilización de datos e imágenes que las autoridades decidieron en la guerra del Golfo, o la presentación de conclusiones que hizo la OTAN sobre la intervención de Kosovo, evitando igualmente dar cifras de bajas o de costes¹⁸, avalan esta interpretación.

Esta disintonía explicaría las pautas de conducta estratégica e informativa que rigen las intervenciones militares desde la guerra del Golfo. En el ámbito estratégico, es muy evidente el recurso al ataque aéreo masivo y persistente, valiéndose de la más sofisticada tecnología armamentística, como paso previo a una exagerada cautela en el despliegue de fuerzas de ocupación. Y en el ámbito informativo, según Badsey (1994), la relación de las fuerzas armadas con los medios de comunicación a partir de esa guerra vendría definida por los siguientes principios: 1) esa relación estará pactada al más alto nivel; 2) toda información estará supeditada a la decisión política competente en esa misión específica o política pública general; 3) los responsables militares asumirán las relaciones

públicas con los medios de comunicación como una tarea más de su desempeño profesional; 4) cooperarán con los medios estando accesibles en todo momento para así poder canalizar su demanda; 5) la propaganda de los hechos consistirá en una adecuada dosificación y control de la información; 6) siempre tendrán alguna información disponible, pues el silencio alimenta las sospechas y la especulación; y 7) se evitarán en todo momento las mentiras y los trucos o juegos sucios, ya que tienen un efecto devastador sobre la credibilidad de la fuente de información.

EL PROBLEMA DE LA ESCASA EFECTIVIDAD DE LA INTERVENCIÓN MILITAR Y SUS DAÑOS COLATERALES

La escasa definición de los resultados —que el conflicto siga sin resolverse a pesar de la intervención—, complicidad o excesiva condescendencia con los agresores, errores por omisión como la desgracia de Srebrenica, o “daños colaterales” como los habidos en Kosovo y Serbia, han jugado en contra de las esperanzas que inicialmente pusieron las sociedades europeas en sus militares. El hecho de que las autoridades militares francesas exigieran declarar por escrito y con cuestionario previo en las vistas contra presuntos criminales de guerra serbios procesados por el Tribunal de Crímenes de Guerra de La Haya nos alerta sobre la existencia, en esas intervenciones, de hechos poco o nada confesables¹⁹.

Algunos especialistas militares en la materia han establecido que las operaciones de paz multinacionales pueden lograr, como mucho, una eficacia parcial y condicionada (Segal y Waldman, 1994). Pero bien podría decirse que es la falta de compromiso de los gobiernos europeos lo que explica, en buena medida, la baja efectividad en el restablecimiento de la paz y la salvaguarda de los derechos humanos que registran estas intervenciones. Es triste constatar que el mandato del Consejo de Seguridad para la misión de Bosnia únicamente autorizaba a utilizar “todos los medios necesarios” para facilitar la distribución de ayuda humanitaria a las víctimas del genocidio y no para detener la limpieza étnica. Y es más triste aún que las fuerzas intervinientes se autolimitaran y apelaran a la neutralidad para evitar conflictos con los genocidas²⁰. Más aún, exhibieron una fragilidad que ofrecía inestimables ventajas al contrario (Arquilla, 1997). En Bosnia, sin ir más lejos, las fuerzas croatas y serbias consiguieron que las fuerzas de pacificación de UNPROFOR se replegaran a sus cuarteles o abandonaran los enclaves protegidos a base de amagar ataques y ocasionar alguna baja²¹.

Human Rights Watch ha calificado esta circunstancia de *agenda perdida*: “los derechos humanos han sido tratados como un lujo dispensable, no como un elemento central en el éxito de las operaciones humanitarias y de mantenimiento de la paz de la ONU”

(citado en Aguirre, 1997: 163). Ciertamente, las fuerzas de intervención tienen buenas razones para estar ahí: estas misiones mejoran la relación entre fuerzas armadas y sociedad, contribuyen a abrir y consolidar mercados, ponen a prueba diseños organizativos e ingenios técnicos, y también estimulan la producción y comercio de armamento²². Pero mientras las autoridades políticas y militares sigan sin atesorar la convicción necesaria, preocupadas como están por los riesgos que puedan correr sus tropas, y presten más atención a aquellas circunstancias que pueden llegar a comprometer su imagen que a los objetivos mismos de la misión, las intervenciones humanitarias seguirán siendo poco eficaces y estructuralmente inconsistentes. Hacer la paz, y no la guerra, parece entrañar una contradicción irresoluble para los gobiernos y sus ejércitos.

EL DESENCANTAMIENTO

Existen datos suficientes para pensar que se está deshaciendo el encantamiento que supuso para las sociedades europeas la posibilidad real de emplear los ejércitos nacionales para parar las guerras contra la población civil y, en general, hacer respetar los derechos humanos. Un primer dato es el menor apoyo a la intervención en Kosovo en comparación con la intervención en Bosnia. Si bien las opiniones públicas anglosajonas han seguido respaldando y apremiando a sus gobiernos a intervenir en esta región —la mayor tradición intervencionista de estos países y el arraigado sentimiento de orgullo nacional de sus poblaciones explicarían esta firmeza (Shaw, 1991)²³—, los porcentajes a favor han sido bastante inferiores en Alemania, Francia, Italia y España.

Tabla 2. Posición de la opinión pública ante la intervención militar en Kosovo²⁴

	Dinamarca	EEUU	GB	Noruega	Alemania	Francia	Italia	España
Acuerdo	74%	68%	68%	64%	57%	54%	47%	42%
Desacuerdo	19%	27%	23%	23%	36%	34%	47%	45%

La posición de los alemanes es, ciertamente, compleja. Hemos señalado ya que el 63% se manifestaban en 1996 en contra de una intervención a secas, sin adjetivos, y ahora vemos en la tabla que, en 1999, el 57% apoyaban el ataque aéreo contra las instalaciones serbias en Kosovo. Incorporado a este tipo de misiones hace muy poco, este país está todavía inmerso en un difícil debate en el que el movimiento pacifista juega un destacado papel. Hoy por hoy, podríamos decir que los alemanes son favorables a intervenciones humanitarias y de paz pero con mandatos muy específicos y condicionados.

Los datos de España, por el contrario, son mucho más claros. Los que hemos incluido en la tabla se corresponden con la fase última de la intervención y, por lo tanto, podrían estar sesgados por los errores de la OTAN, pero pueden considerarse representativos de una opinión general porque son muy parecidos a los de Italia y perfectamente coherentes con el descenso del 56,5% al 46%, entre febrero de 1997 y febrero de 1998, de quienes justificaban una acción militar para hacer llegar ayuda humanitaria a zonas en conflicto²⁵. Estaríamos, por lo tanto, ante una opinión pública dividida, lo que constituye, de hecho, un cambio significativo en relación a la amplia mayoría que apoyaba la intervención en Bosnia.

En general, la existencia de dudas razonables sobre la autenticidad y eficacia de las intervenciones humanitarias y de paz habidas hasta el momento contribuye a restar el apoyo necesario a futuras misiones de este tipo. Podría tener, incluso, un impacto directo en la calificación final de esas intervenciones. Blechman y Wittes (1999) sostienen que el éxito o fracaso relativo de una intervención está mediatizado por la posición valorativa que tenga la opinión pública; que su eficacia, en definitiva, es una función combinada del grado de dificultad o articulación de la acción y su credibilidad.

Un segundo dato es la postura crecientemente crítica de las ONG humanitarias. Por un lado, exigen una clara diferenciación entre ayuda militar y ayuda humanitaria (Unidad de Estudios Humanitarios, 1999). Un ejemplo es la posición de Médicos Sin Fronteras:

“La guerra no es una acción humanitaria. La imagen de un militar con un niño refugiado en brazos o descargando medicamentos de un helicóptero crea confusión. Parece ridículo recordar que no hay guerra sin propaganda y que la utilización que se está haciendo tanto del sufrimiento como de lo humanitario es un medio de guerra utilizado en este conflicto. Confundir lo humanitario, lo militar y lo político es extremadamente perjudicial para todos. A diferencia de la acción militar, la acción humanitaria está llevada a cabo por la sociedad civil. No se trata de medios sino de principios: la OTAN, los ejércitos que la componen, no son, jamás serán, ni deben convertirse en una fuerza humanitaria”²⁶.

Y por el otro, están apostando por un enfoque alternativo a la imposición militar de la paz que se conoce como *políticas de paz participativas* (Shuman, 1992). Según su criterio, la conservación de los recursos naturales, el desarrollo del Tercer Mundo –la lucha contra la pobreza y la desigualdad– y la democratización –los derechos humanos–, promovidas con la participación de la población afectada, las instituciones locales y las propias ONG, contribuyen más a la paz que la acción militar. Estos principios vertebran, por ejemplo, la Agenda de La Haya para la Paz y la Justicia en el Siglo XXI²⁷.

Un tercer dato es el repliegue del movimiento pacifista. La posibilidad de una intervención con fines humanitarios animó a algunas personas y sectores del movimiento a apoyar –más o menos críticamente, pero apoyo en definitiva– el envío de tropas a las zonas de conflicto. Esta desviación de la filosofía básica en contra de las soluciones mili-

tares provocó entonces tensas discusiones de difícil resolución en todos los países. Sin embargo, es obvio que las aguas están volviendo a su cauce.

Y un cuarto dato es la recuperación de los valores anteriores a la intervención humanitaria en la apreciación de las fuerzas armadas españolas. Es un indicador indirecto, pero debemos tener en cuenta que la valoración global de las fuerzas armadas depende, en buena medida, de sus réditos. Más aún en los tiempos actuales, que se caracterizan por la implantación progresiva de la llamada legitimación democrática de las fuerzas armadas, en sustitución de la legitimación funcional que dominó la segunda mitad del siglo XX. Por legitimación funcional se entiende aquella que emana de su capacidad para cumplir la función o labor asignada como parte que son del aparato administrativo del Estado. En cambio, en palabras de Harries-Jenkins y Moskos (1984: 108-109), la *legitimidad democrática*:

“Parte de la premisa de que el ejército es legítimo sólo en tanto su existencia y la utilización que se hace de su poder han sido aprobadas por todo el conjunto de la sociedad. El rasgo fundamental es el consentimiento. De aquí se deduce que cualquier derecho coercitivo que posea un Estado le ha sido conferido por los individuos y no surge de forma automática por el hecho de ser un Estado. Esta delegación de poder puede serle retirada, pues, según la teoría del consentimiento, el individuo tiene no sólo el derecho, sino el deber de impugnar las acciones del Estado.”

Tabla 3. Valoración de las fuerzas armadas españolas en una escala de 0 a 10²⁸

	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Fuerzas armadas	5,5	5,5	5,3	5,2	5,3	5,7	5,7	5,7	5,6	5,6	5,6	5,4	5,1

A MODO DE CONCLUSIÓN

La legitimación social es un componente indispensable de la actuación de las fuerzas armadas en general y de las intervenciones en particular. Para Dandeker y Gow (1997), la legitimidad de una intervención no consiste en su legalidad ni tampoco en la existencia de consentimiento tácito por parte de la sociedad. Para que una intervención sea legítima deben cumplirse tres condiciones: que existan principios y valores normativos que avalen esa intervención; que exista apoyo social y de los grupos políticos; y que se obtengan los resultados apetecidos, es decir, que sea eficaz y competente.

En este artículo hemos llegado a la conclusión de que se está desdibujando la legitimidad social de las intervenciones por razones humanitarias y de paz. Su problema básico, además de que albergamos dudas razonables sobre los medios empleados, es que

no demuestran ser eficaces, al menos en la medida que nos gustaría a los ciudadanos. Nuestro intento de reconvertir a los ejércitos en una fuerza humanitaria y de paz se ha visto frustrado, al margen de sus limitaciones estructurales, por unos gobiernos que no han demostrado la convicción necesaria: la imagen de las fuerzas armadas nacionales y de su papel en esas misiones ha desplazado a un segundo plano el compromiso por cumplir los objetivos básicos del mandato internacional.

Esta decepción anticipa un escenario de baja probabilidad para nuevas intervenciones humanitarias y de paz. Sin la presión de la opinión pública, es más que previsible que, de ahora en adelante, las autoridades políticas y militares prioricen las intervenciones de interés nacional –o regional–. No en vano, el mandato principal del nuevo concepto estratégico de la Alianza aprobado en la cumbre de Washington, en abril de 1999 –la noción básica de las que ahora se denominan “operaciones de gestión de crisis” es “ir a la crisis antes de que la crisis venga a nosotros”–, y también el eje central de la nueva doctrina de EEUU de “defensa o anticipación preventiva” –en realidad una defensa ofensiva que busca “adelantarse” a posibles nuevos atentados o “guerras asimétricas”–, han sido naturalmente asumidos por sus socios de la Alianza por razón de su liderazgo irresistible.

Sabemos que estas intervenciones no contribuyen a la paz mundial²⁹, ni disfrutan de la legitimación social necesaria, al menos en nuestro país –sólo una cuarta parte de los españoles y españolas apoyaría una acción militar para defender los intereses económicos del país³⁰–, pero ello nunca ha sido una razón a tener en cuenta por los decisores de unas políticas públicas que se rigen básicamente por la razón de Estado. Así pues, la democratización de las políticas de defensa y relaciones exteriores sigue siendo el gran reto de siempre para quienes creemos que otro mundo es posible.

Referencias bibliográficas

- AGUIRRE, X. *Yugoslavia y los ejércitos. La legitimidad militar en tiempos de genocidio*. Madrid: Los libros de la catarata, 1997.
- AGUIRRE, M. *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*. Barcelona: Icaria, 1995.
- ARQUILLA, J. “The ‘Velvet’ Revolution in Military Affairs”. *World Policy Journal*, 14(4), 1997, p. 32-43.
- BADSEY, S. *Modern Military Operations and the Media*. Camberley: Strategic and Combat Studies Institute, 1994.
- BENAVENT ESCUIN, E. “De la paz, la defensa nacional y las operaciones humanitarias”. En: Instituto Español de Estudios Estratégicos (ed.) *Aportación sociológica de la sociedad española a la defensa nacional*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1994, p. 17-22.
- BLECHMAN, B. M. y WITTES, COFMAN T. “Defining Moment: The Threat and Use of Force in American Foreign Policy”. *Political Science Quarterly*, 114(1), 1999, p. 1-30.

- BURK, J. "Public Support for Peacekeeping in Lebanon and Somalia: Assessing the Casualties Hypothesis". *Political Science Quarterly*, 114(1), 1999, p. 53-78.
- DEL CAMPO, S. *La opinión pública española y la política exterior. Informe INCIPE 1992*. Madrid: Tecnos e Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior, 1992.
- CARR, F. y IFANTIS, K. *NATO in the New European Order*. Londres: MacMillan Press Ltd, 1996.
- CLARK, H. *Civil Resistance in Kosovo*. Londres: Pluto Press, 2000.
- VON CLAUSEWITZ, C. *De la guerra*. Barcelona: Labor, 1994.
- DANDEKER, C. "New times for the military: some sociological remarks on the changing role and structure of the armed forces of the advanced societies". *British Journal of Sociology*, 45(4), 1994, p. 637-654.
- DANDEKER, C. "Public Opinion, The Media, and the Gulf War. Review essay of John Mueller, 'Policy and Opinion in the Gulf War' (University of Chicago Press, 1994), and W. Lance Bennett and David L. Paletz (eds.), 'Taken By Storm: The Media, Public Opinion and U.S. Foreign Policy in the Gulf War' (University of Chicago Press, 1994). *Armed Forces and Society* 22(2), 1996, p. 297-302.
- DANDEKER, C. Y GOW, J. "The Future of Peace Support Operations: Strategic Peacekeeping and Success". *Armed Forces and Society*, 23(3), 1997, p. 327-347.
- DARNOVSKY, M. "The Media Environment after Desert Storm". En: DARNOVSKY, MARCY; EPSTEIN, BARBARA y FLACKS, RICHARD (eds.) *Cultural Politics and Social Movements*. Filadelfia: Temple University Press, 1995, p. 223-232.
- DÍEZ NICOLÁS, J. "Opinión pública y participación en la seguridad internacional". *Cuenta y Razón del Pensamiento Actual*, 85, 1994, p. 56-60.
- DÍEZ NICOLÁS, J. *Identidad nacional y cultura de defensa*. Madrid: Síntesis, 1999.
- DIXON, P.L. "Britain's 'Vietnam syndrome'? Public opinion and British military intervention from Palestine to Yugoslavia". *Review of International Studies*, 26(1), 2000, p. 99-121.
- DORMAN, A. M. y TREACHER, A. *European Security. An Introduction to Security Issues in Post-Cold War Europe*. Cambridge: Dartmouth Publishing Company, 1995.
- DUKE, S. *The New European Security Disorder*. Londres: MacMillan Press, 1994.
- ESTRELLA, R.L. "Military Trends Within the Atlantic Alliance Sub-Committee on the Future of the Armed Forces". *Informe interno AK76 DSC/AF(93)1*. OTAN, 1993
- GARCÍA VARGAS, J. "Debemos recordar a muchos jóvenes que nuestra seguridad depende de nosotros mismos". *Cuenta y Razón del Pensamiento Actual*, 85, 1994, p. 72-80. Entrevista realizada por M. Abizanda.
- GÓMEZ-ORAA, J. I. "La OTAN y el mantenimiento de la paz". *Tiempo de Paz*, 46, 1997, p. 46-55.
- HARRIES-JENKINS, G. Y MOSKOS, C. *Las fuerzas armadas y la sociedad*. Madrid: Alianza, 1984.
- HUESCA GONZÁLEZ, A. M. "La actitud de los españoles ante la multinacionalidad de la Defensa". En: Instituto Español de Estudios Estratégicos (ed.) *Aportación sociológica de la sociedad española a la defensa nacional*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1994, p. 137-154.
- INGLEHART, R. *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton y Oxford: Princeton University Press, 1977.
- JAKOBSEN, P. V. "National Interest, Humanitarianism or CNN: What Triggers UN Peace Enforcement After the Cold War?" *Journal of Peace Research* 33(2), 1996, p. 205-215.

- MEULEN, JAN VAN DER "Post-modern Societies and Future Support for Military Missions". En: DE NOOY, GERT (ed.) *The Clausewitzian Dictum and the Future of Western Military Strategy*. The Hague: Kluwer Law International, 1997, p. 59-74.
- MOSKOS, C. *Peace soldiers: The sociology of a United Nations military force*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.
- MOVIMIENTO DE OBJECION DE CONCIENCIA DE MADRID "La OTAN de la posguerra fría". En: Plataforma contra la OTAN de Madrid (ed.) *Las viejas mentiras de la nueva OTAN*. Madrid: Editorial J.S., 1997, p. 45-102.
- REITER, DAN "Military Strategy and the Outbreak of International Conflict. Quantitative empirical tests, 1903-1992". *Journal of Conflict Resolution*, 43(3), 1999, p. 366-387.
- RODRÍGUEZ MOJÓN, M. "Necesidades de la defensa española en los nuevos escenarios de riesgo". En: Instituto Español de Estudios Estratégicos (ed.) *Aportación sociológica de la sociedad española a la defensa nacional*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1994, p. 27-40.
- SEGAL, D. R. y WALDMAN, R. J. "Multinational Peacekeeping Operations: Background and Effectiveness". En: James Burk (ed.) *The Military in New Times. Adapting Armed Forces to a Turbulent World*. Oxford: Westview Press, 1994, , p. 163-180.
- SHAW, M. *Post-Military Society*. Oxford: Polity Press, 1991.
- SHUMAN, M. H "Participatory Peace Policies". En: HARTMAN, C. y VILANOVA, P. (eds.) *Paradigms Lost. The Post Cold War Era*. Londres: Pluto Press, 1992, p. 130-152.
- UNIDAD DE ESTUDIOS HUMANITARIOS *Los desafíos de la acción humanitaria*. Barcelona: Icaria, 1999.
- WOERNER, M. "La OTAN tras la cumbre de Roma." *Política Exterior*, 5(24), 1991.

Notas

1. Las Naciones Unidas habían aprobado formalmente una intervención militar tan sólo en una ocasión anterior, en 1950, con la guerra de Corea. Es un hecho, por tanto, muy relevante.
2. Para un análisis detallado de la virtualidad de estos nuevos riesgos, véase Duke (1994).
3. En nuestro país, los primeros españoles que acudieron a Bosnia fueron insumisos, concretamente en agosto de 1992, siete meses antes de que saliera el primer avión militar a la zona (*El Mundo*, 10 de noviembre de 1992).
4. Los cascos azules se estrenaron en Beirut y el Sinaí en 1948 y desde entonces han acudido a Cachemira (1949), Chipre (1964), los Altos del Golán (1974), Líbano (1978), Afganistán (1988), la frontera entre Irán e Irak (1988), El Salvador (1991), Sáhara Occidental (1991), Angola (1991), Camboya (1991) y Mozambique (1993), además de Irak, la ex Yugoslavia, Somalia, Rwanda y Timor Oriental.
5. Un dato son las movilizaciones pacifistas de los años setenta y ochenta. Otro más general que, desde los primeros setenta, el ítem "asegurar que este país tenga unas importantes fuerzas de defensa" siempre ha ocupado el último lugar en la escala de prioridades de los ciudadanos y

- ciudadanas europeas cuando se les pide nombrar los dos objetivos más importantes para el país (Inglehart, 1977: 49).
6. “El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no hace más que aprobar órdenes que luego nadie cumple. Las operaciones de imposición de la paz se enfrentan a serios problemas estructurales. Butros Ghali ha propuesto la creación de un cuerpo de voluntarios dependiente directamente de la Secretaría de la ONU que actuaría en un plazo máximo de un mes, mientras que ahora una movilización tarda en gestionarse al menos seis meses. Pero ni los países grandes ni los pequeños quieren que esto sea así.” Esta era la valoración del papel real de Naciones Unidas que hacía Jaime Ojeda, por entonces embajador español en Estados Unidos, en el marco del Curso de Verano de la Universidad Complutense, *El futuro de los Ejércitos*, que tuvo lugar en julio de 1994 en El Escorial.
 7. *El País*, 5 de junio de 1999.
 8. El paso inmediato anterior fue la aprobación por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en diciembre de 1995, al día siguiente de ratificarse en París los Acuerdos de Dayton, de una fuerza multinacional bajo mando de la OTAN, la Implementation Force (IFOR). Pero ya en febrero de 1995, en un congreso sobre temas de seguridad celebrado en Munich, varios dirigentes de la OTAN estaban reclamando “manos libres para futuras intervenciones” (*El País*, 6 de febrero de 1995).
 9. El estudio de Jakobsen analiza cinco variables –el interés nacional, las posibilidades de éxito, el efecto CNN, la obviedad de la urgencia humanitaria y el apoyo de la opinión pública– y concluye que sólo las dos últimas están presentes en las tres intervenciones mencionadas.
 10. Datos tomados de Díez Nicolás (1994), Huesca González (1994), Rodríguez Mojó (1994), los de Zaire de *El País*, 27 de diciembre de 1996, los de Kosovo del estudio 2.324 del CIS, y los de Irak del estudio 2.466 del CIS.
 11. Encuesta realizada por la Rand Corporation y publicada en *Die Zeit*, 11 de abril de 1996.
 12. Curso de Verano de la Universidad Complutense, *Pensamiento estratégico y cultura de defensa en España*. El Escorial, 17 de julio de 1995.
 13. Proceedings of the Work Group on Professionalisation of the Armies, War Resisters' International Council (Lieja, julio de 1996).
 14. *El Mundo*, 27 de octubre de 1996.
 15. *El Mundo*, 17 de enero de 1997.
 16. *El Mundo*, 7 de junio de 1998.
 17. Conferencia impartida por el entonces recién nombrado ministro de Defensa, Gustavo Suárez Pertierra, en el Curso de Verano de la Universidad Complutense, *Pensamiento estratégico y cultura de defensa en España*. El Escorial, 17 de julio de 1995.
 18. *Efe*, 16 de septiembre de 1999.
 19. Xabier Aguirre, com. per.
 20. Una publicación oficial del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional afirmaba, en 1994, que el respeto a los derechos humanos “requiere de los militares que han de realizar las operaciones humanitarias comprensión y tacto para el conocimiento de las poblaciones en las que actúan, eviten rechazos que pueden dificultar gravemente su misión. En este sentido, la escrupulosa

- independencia de los bandos enfrentados es esencial y hasta tienen que evitar torpezas como la utilización de fuerzas desproporcionadas y perseguir objetivos no necesarios que puedan parecer desviados y hasta contraproducentes con el fin de la operación humanitaria” (Benavent Esquin, 1994: 21). El contrapunto a esta reflexión son las palabras de reconocimiento que expresó en su día Radovan Karadjic, en búsqueda y captura por el Tribunal de Crímenes de Guerra de La Haya: “Tenemos la mejor opinión del contingente español en Bosnia; España es la más imparcial”; o también las del primer ministro yugoslavo Radoje Kotic: “Ha habido cascos azules de otros países con los que no hemos tenido la misma suerte en cuanto a comportamientos concretos y a la exquisita neutralidad que están manteniendo los soldados españoles.” Citados en Aguirre (1997: 142).
21. Un ejemplo es el despliegue español en la zona de Mostar. La muerte de dos oficiales españoles a manos de fuerzas croatas acuarteló al SPABAT y permitió que la ruta bajo su teórico control fuese utilizada para aprovisionamiento de armamento y limpieza étnica. También los bosnios se beneficiaron del alto valor de los cascos azules españoles: retuvieron en Mostar a los que acompañaban un convoy de alimentos y forzaron negociaciones para comprometer una patrulla permanente en la zona sitiada, logrando con ello reducir los bombardeos (Aguirre, 1997).
 22. Un ejemplo: “La industria de armamento de EEUU ha dado otro estirón con la guerra en Yugoslavia”, *El Mundo*, 9 de mayo de 1999.
 23. La intervención militar en general, incluida la que se justifica en base al interés nacional, se acepta bastante mejor en los países anglosajones que en la Europa continental. Sus territorios en los confines del planeta, fuertes lazos con las ex colonias, y la acostumbrada intervención política y militar de una potencia con aspiraciones globales –sus fuerzas armadas–, han consolidado el pensamiento común entre sus gentes de que la intervención militar es, a priori, natural y legítima; se juzga básicamente por sus rendimientos. Este apoyo franco y la mayor preparación de sus fuerzas armadas, que no han necesitado grandes adaptaciones para llevar a cabo estas misiones porque esa ha sido siempre su labor, contribuyen a que el liderazgo de estos países en las nuevas intervenciones internacionales sea lógico, natural y, en cierto modo, irresistible.
 24. Encuesta realizada por Angus Reid Group sobre una muestra de 8.575 personas en 17 países en abril de 1999. Reproducida parcialmente en *The Economist*, el 23 de abril de 1999. La pregunta es si apoyan o se oponen a la decisión de realizar ataques aéreos contra las instalaciones serbias en Kosovo. Los datos de España, de finales de mayo, se refieren a la intervención en sí; en el mismo sondeo, el 69% de los españoles opinaba que “los bombardeos deben cesar inmediatamente”. Publicado en *El País*, 5 de junio de 1999.
 25. Estudios 2.234 y 2.277 del CIS.
 26. *Médicos Sin Fronteras* 34 (junio 1999), p. 11.
 27. *Peace Matters* 2 (2): 18. The Hague Appeal for Peace, auspiciada por Naciones Unidas, se celebró en La Haya en mayo de 1999 con la asistencia de 10.000 participantes de todo el mundo.
 28. Los datos de 1987 a 1998 proceden del Banco de Datos de ASEP y han sido publicados por Díez Nicolás (1999); hemos calculado la media anual sobre esos sondeos mensuales. El dato de 1999 se corresponde con el sondeo CIS nº 2.364.

29. Clausewitz (1994) aconsejaba que, independientemente de sus objetivos políticos, toda acción y estrategia militar debía prever las consecuencias que podía tener en relación con la preservación de la paz mundial. Renunciando a la tradicional e imprecisa distinción entre estrategia ofensiva y defensiva, un estudio cuidadoso de los conflictos internacionales habidos entre 1903 y 1992 revela que la estrategia militar de “maniobra” –definida por la movilidad y la reacción rápida, es decir, este nuevo concepto estratégico de la OTAN–, si bien parece tener un menor riesgo de escalada hacia la guerra total, estimula de hecho muchas más disputas internacionales que las estrategias militares de “desgaste” –el caso de la I Guerra Mundial o la guerra de serbios, croatas y bosnios en la ex Yugoslavia– o de “castigo” –los bombardeos masivos de Vietnam–. Es, en definitiva, una amenaza mayor para la preservación de la paz y estabilidad mundiales (Reiter, 1999).
30. Estudio 2.277 del CIS (1998).